

El viento en las velas. Notas sobre *Voiles*, de Hélène Cixous y Jacques Derrida*

ANTONIO TUDELA SANCHO**

«Agitaba el velo blanco [...], tan pronto en una dirección como en otra, al tiempo que descubría y encubría alternativamente sus bellas formas».

Joseph Baron von Eichendorff, *La estatua de mármol*

La ocultación de la textura, de la trama de un texto puede tardar siglos en deshacer su tela, siglos de indefinido tejer y destejer, de regeneración constante del tejido tras el paso decisor de cada lectura: reticencia a la entrega en presente de la ley de la textilidad textual. Las páginas iniciales de «La pharmacie de Platón»¹ no constituyen una excepción en la obra intensamente «penelopeana» de Jacques Derrida. Él mismo nos da las pistas. Junto a *La dissémination*, los ensayos sobre Heidegger, *Glas*, *La carte postale*, *Mémoires d'aveugle...*, en el contexto de la exposición de una fatiga [*Je suis las, las, las...* V, 40], de un agotamiento ante esta prolongada discusión acerca de la verdad sabida como historia de velos, de juegos que prorratan entre el día y la noche revelación y encubrimiento, repliegue y apertura, iluminación y disimulo: «ya he escrito demasiado sobre el velo», «no quiero escribir más sobre el velo» [*Lassitude infinie, que voulez-vous, je veux en finir* V, 41]. Descubrir/(re)cubrir, doble urdimbre del verbo *re-velar*: recorrer el velo tanto como volver a tapar con el mismo². «Un ver à soie», tras la lectura de la narración «Savoir» de Hélène Cixous por Jacques Derrida, se nos presenta como el transcurso de un lapso de tiempo, de un vuelo en avión que deja Occidente para perder Oriente (V, 26), el intervalo entre dos recuerdos de la infancia. Si de estos el segundo nos conduce al envero [*véraison*], al momento de maduración de los frutos y de la madurez/muerte/mutación del gusano recogido en larva, el primer recuerdo, el de la *disminución* de las mallas de una labor de encaje, descarta desde un principio la relación con el juego de tejer y destejer cíclico de Penélope [*rien à voir [...] avec la ruse de Pénélope*, V, 25], como aquel otro hará hincapié en la lejanía que media entre la secreción del gusano de seda y el tejido de velos o telas de la araña [*rien à voir avec l'araignée*, V, 83].

* *Voiles*. París, Éditions Galilée, 1998, recoge los trabajos de HÉLÈNE CIXOUS: «Savoir» y de JACQUES DERRIDA: «Un ver à soie», acompañados de seis dibujos de ERNEST PIGNON-ERNEST. En adelante, citaremos indistintamente uno y otro escrito dentro de nuestro texto como V. seguido del correspondiente número de página.

** **Dirección para correspondencia:** Facultad de Filosofía, Universidad de Murcia, Campus de Espinardo, E-30071, MURCIA.

1 Cfr. DERRIDA, J., «La farmacia de Platón», en *La diseminación*, trad. de José Martín Arancibia, Barcelona, Editorial Fundamentos, 7ª. ed., 1997, pp. 93 y ss.

2 Cfr. GUÉNON, R., *Il Re del Mondo*, Roma, 1950, citado por CIRLOT, J.E., *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Editorial Labor, 1991, p. 457.

En su narración *Savoir*, Hélène Cixous nos habla también en clave de recuerdo. O quizás mejor, de *duelo*: estado de adiós [*état d'adieu*] a un tiempo cruel y tierno al velo ayer maldito de la miopía, duelo de un ojo que se vuelve otro [*Le deuil de l'oeil qui devient un autre oeil*, V, 18], salida del limbo —la región difusa de los miopes— para acceder a lo visible gracias a la posibilidad sobrevenida de lo imposible, al advenimiento, la donación del milagro, al acontecimiento quirúrgico de una luz sanadora impensable tan sólo tres años atrás. Adiós al velo secreto de la miopía, a la *verdad* de la miopía (ante la cual son las lentillas un fraude: *cfr.* V, 17), adiós —muy tarde desvelado— a esa callada compañera de nacimiento, a la extraña fuerza que sólo *retrospectivamente* se revela, en el preciso instante de ser retirada. *Savoir*, s'avoit, ça voit... Al final del relato de Cixous: «¿Acaso nunca hayamos albergado otra voluntad que la de ver?» (V, 19). [V(oul)oir.]

Y, sin embargo, otro es el verbo, otro el sentido. Como afirma Derrida: «*Savoir* podría leerse como un poema del tocar» (V, 37); Cixous había hablado de las «lentes de no-contacto» [*verres de non-contact*], de las máscaras de vidrio, del engaño invisible de las lentillas, del rostro ocupado en el vano intento por escapar a las garras del velo mediante un fruncimiento del ceño... El milagro no consistía en «recuperar la vista», sino en eliminar los intermediarios: en ver-con-el-ojo-desnudo. «La continuidad de su carne y de la carne del mundo» (V, 16). En una palabra, *tocar* el mundo, *saber* que los ojos son los labios sobre los labios de Dios (pero, «¿A qué superficie del ojo comparar los labios?», V, 37, nota 8). La visión que se (con)funde con la caricia, los ojos que se descubren como las manos milagrosas.

Cuestión de tacto, pues, de superficies y de tiempo. Derrida: «Cuando nuestros ojos se tocan, ¿es de día o de noche?» (V, 37, nota 8), indeterminación ésta —día/noche— que ya encontramos al sesgo de la crucial alternativa entre la visión y la memoria (ver el dibujo y recordar el texto, o bien leer el texto y recordar el dibujo: mito de Dibutade y su *skiagrafía*, arte o escritura de la sombra³) en la teoría de ciegos propuesta en *Mémoires d'aveugle*⁴. Si el lenguaje, en tanto que fenómeno sonoro, resulta en sí *invisible*, si lo constituye una ceguera primordial⁵, ¿qué sucede con la escritura independizada de la visión, la mano del ciego que se confía a la memoria de los signos, al trazo de los grafos, al tacto o la caricia deslizada sobre la textura del papel —«como si un ojo sin pupilas se abriera al borde de los dedos»⁶— en una suerte de anagliptografía mediada tanto por la grabación del bolígrafo vuelto estilete como por el juego de cálculos y recuerdos de las distancias —el escritor ciego de Saramago?⁷.

Ver (*voir*) y saber (*savoir*). La *natural* ligazón entre ambos verbos hablaría de cierta ceguera *contra natura*, la del error (voluntario), el hombre que consiente la venda sobre sus ojos, como en la alegoría de Antoine Coypel: «El ciego no quiere saber, o más bien querría no saber: es decir, no ver. *Idein, eidos, idea*: toda la historia, toda la semántica de la *idea* europea, en su genealogía griega, lo sabemos, lo vemos, asigna el ver al saber»⁸. Una historia, entonces, muy distinta de la de este

3 *Cfr.* DERRIDA, J., *Mémoires d'aveugle. L'autoportrait et autres ruines*, París, Éditions de la Réunion des musées nationaux, 1990, p. 54.

4 *Cfr. Idem.*, p. 11: «Por accidente, y a veces al borde del accidente, me sucede que escribo sin ver. No con los ojos cerrados, sin duda. Sino abiertos y desorientados en la noche: o durante el día, al contrario, los ojos fijos sobre *otra cosa*, mirando en otra parte [...]».

5 *Cfr. Idem.*

6 *Ibidem.*

7 *Cfr.* SARAMAGO, J., *Ensayo sobre la ceguera*, trad. de Basilio Losada, Madrid, Ediciones Alfaguara, 13ª ed., 1998, pp. 332 y ss. p. 334: «Estoy de paso, había dicho el escritor, y éstas eran las señales que iba dejando, al pasar».

8 DERRIDA, J., *op. cit.*, p. 18.

otro *saber* (previo a que se sabe) de ciegos voluntarios que caminan entre la noche y el día indiferenciados de un modo que no guarda semejanza con el doble paso cegador, en la caverna platónica, de la luz a la oscuridad y de la oscuridad a la luz⁹. ¿Habremos de concluir entonces, como por otra parte ya hiciera Michel Serres, que saber no es ver, sino entrar en contacto directo con las cosas, mejor aún: dejar que vengan a nosotros, saber voluptuoso de una ciencia, de una fenomenología de las caricias?¹⁰. Prioridad del tocar, del tacto, la puesta en escena del ciego se alza siempre sobre un teatro o una teoría de las *manos*¹¹: manos que escriben o dibujan a tientas, pero también manos extendidas hacia delante del caminante ciego, a veces prolongadas en el palpo de un bastón, manos en permanente señal de súplica o en postura de confesión, como la que recorre el relato de Cixous [*posture d'aveu*, V, 11 y *passim*], manos que cumplen con el bíblico deber de enterrar a los muertos: las de Tobit, padre de Tobías, manos —las de Isaac— que bendicen con la ayuda intermediaria de un equívoco o —las de Jacob— cruzándose sobre las cabezas, manos sanadoras del Cristo (el Mesías, el Gran Desvelador, a cuya muerte se desgarrará el velo del templo, V, 74), cuyo toque [*attouchement*] devuelve la vista, no muy lejos de las manos del cirujano, en el dibujo de Rembrandt (*cfr.* V, 32) o tras la operación luminosa —siempre un estar *en manos* del otro— que en *Savoir* deshace el velo de la miopía (por la mano del otro armada de un láser: eco de luz ampliado en la resonancia entre dos espejos paralelos, como el espejo a dos voces de *Un ver à soie* —*cfr.* V, 49—, entre tantos otros textos de Jacques Derrida¹²).

Pero Derrida no desea escribir sobre el velo. No quiere proseguir en la labor de tantos *Schleiermacher* (*cfr.* V, 41). ¿Qué relación guarda el velo con el espejismo? En 1943, Martin Heidegger habla de lo que Nietzsche llamara «pesimismo de la fuerza», rebelión vitalista del hombre moderno opuesta a aquel otro «pesimismo de la debilidad» presente en y alimentado por Schopenhauer, entre otros; y Heidegger, para marcar la diferencia fundamental entre ambos conceptos, caracteriza al primero afirmando que, «en cuanto fuerza, no se hace ilusiones, ve el peligro y no quiere velos ni disimulos» [*...als Stärke dagegen macht sich nichts vor, sieht das Gefährliche, will keine Verschleierungen und Übermalungen*]¹³. Tampoco se trata de desgarrar un tejido, ni de alzar un telón, ni de rasgar un velo: el acontecimiento improbable, la operación por venir —como aquella imprevisible cirugía del ojo— pertenece más bien a otro espacio, a un distinto orden de lo venidero que Derrida gusta aquí de llamar el *veredicto* (*cfr.* V, 39 y *passim*), quizás el mismo que en el límite de lo intraducible se desplaza a través de los cincuenta y nueve (años y) periodos que componen su texto posiblemente más autobiográfico, *Circonfession*, la palabra de la madre amnésica y moribunda que se pronuncia en «el tono casi cotidiano de un veredicto» [*le ton quasiment quotidien d'un verdict*]¹⁴. *Voiles* se inscribe al hilo de estas dos experiencias inconmensurables, irreductibles entre sí. Por un lado, la operación quirúrgica, luminosa, que retira el velo de miopía al tiempo que abre su duelo; por otro, el veredicto, el tiempo incalculable de una sentencia inaudita que aguarda desco-

9 *Cfr. Idem*, p. 21.

10 *Cfr.* SERRES, M., *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, trad. de José Luis Pardo Torío, Pre-Textos, Valencia, 1994, p. 131.

11 *Cfr. Ibídem*, p. 33.

12 *Cfr. Ibídem*, p. 68: «Como las Memorias, el Autorretrato aparece siempre en la reverberación de varias voces».

13 HEIDEGGER, M., «Nietzsches Wort 'Gott ist tot'», en *Gesamtausgabe. Band 5: Holzwege*, 207, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1977, p. 224. Trad. castellana de Helena Cortés y Arturo Leyte, «La frase de Nietzsche 'Dios ha muerto'», en *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 167.

14 DERRIDA, J., «Circonfession», en BENNINGTON, G. y DERRIDA, J., *Jacques Derrida*, París, Éditions du Seuil, 1991, p. 43. Trad. de M^{ra}. Luisa Rodríguez Tapia, «Circonfesión», en *Jacques Derrida*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1994, p. 65.

nocida (como la posibilidad de la promesa, insostenible y amenazante a la vez, *cfr.* V, 66). En ambos casos, se está en manos del otro: la vista vendrá como donación del otro, en la operación confiada —aquí, en tal manipulación, radica lo que la diferencia de anteojos, lentillas y demás prótesis— a la mano del otro (*cfr.* V, 43), del mismo modo que el veredicto inminente pero imprevisible (hurtado a cualquier vista, sin relación con ninguna pre-visión) habrá de llegar de alguna parte esquiva a todo conocimiento¹⁵: «el veredicto siempre es del otro» (V, 47).

Experiencia singular que es cuestión de vida o muerte (*cfr.* V, 43), sentencia de vida o muerte (*cfr.* V, 81), y no de visión ni de saber, que pone al velo en tela de juicio. Y esto desde el título mismo y en una primera instancia del lenguaje. Porque ese común *Voiles*, en plural, señala la coincidencia en la lengua francesa de dos homónimos —homonimia «espectacular», dice Derrida, aún más evidente que la que va de la ortografía de *soi* a la de *soie* (*cfr.* V, 57)— que «tan sólo» se diferencian por su género: *la voile* y *le voile*. Diferencia que, en nuestra lectura castellana, establecería en su recorrido un puente o marcaría un abismo entre un masculino, el velo [*voile*], y un femenino, la vela [*voile*]. Cixous, en *Savoir*, «sólo» habla del velo, en ningún momento menciona la vela, «sin duda omitida adrede» (V, 56), silencio o disminución del velo: «La vela [*la voile*], he aquí [*voilà*] la única posibilidad que un *Savoir* no exhibe» (V, 57), «El gran arte de *Savoir*, digámoslo entonces, consiste en lo siguiente: no nombrar la vela» (V, 61). Lo que no significa que no reste implícita, velada, tal vez incluso que *Savoir* no piense en otra cosa que en ella. (¿Por qué la tradición cree deber reservar el arte del tejido y el trenzado, arte *penelopeano*, a las mujeres [*cfr.* V, 57]? ¿Por qué la genealogía de la noche [*généalogie de nuit*], cuyos nombres van de Homero a Joyce, de Milton a Borges¹⁶, está escrita en masculino [*cfr.* V, 51]?).

Cierto que Cixous habla de las *alas* [*ailes*]: «los otros tenían todas sus alas» (V, 15 y, en cita de Derrida, V, 62), pero omite con extraordinaria elocuencia silente las referencias a las velas al viento, las velas aladas del vuelo de la navegación, las de la insistente referencia derridiana a las carabelas de Magallanes. Y, sin embargo, tales velas al viento, tales alas, están ahí, son parte por igual tanto de la experiencia de Cixous como de la de Derrida, constituyen lo que este último llama el paso del *estrecho* [*détroit*], el umbral o cruce entre dos mundos: Cixous y su tocar —más allá del limbo o región de los miopes— con la carne del ojo la carne imprevista del mundo, y el tocar la tierra prometida y desconocida del vuelo entre puntos cardinales de Derrida —pero, ¿llega a tocar tierra realmente? «Gracias al duelo, la luz [*feu*] del Nuevo Mundo al fin y tocar tierra» (V, 54)—. La *Tierra del Fuego* «a la vista», y la memoria de las carabelas de Magallanes (*cfr.* V, 27 y *passim*). El viaje hacia lo desconocido, el viento hinchando las velas que arrastra al encuentro final, al límite, al extremo, del acontecimiento imprevisto e imprevisible, interminable pero inminente (lo que Derrida llama con tanta frecuencia el «veredicto») y del que nada se sabe de antemano: «En la ignorancia de todo y de todos, sin saber ni estar seguro de nada» (V, 27). «Un estrecho, qué palabra. El mío y el suyo. Yo hablaba de mi Tierra del Fuego y mi estrecho de Magallanes, entre dos mundos, sin saber si saldría vivo del mismo» (V, 51). De nuevo, cuestión de vida o muerte. Al fin, se propone otro conocimiento, *otro* saber, la posibilidad de un pensar el acontecimiento lejos de una verdad desvelada o revelada, al margen de toda verdad a descubrir en el texto, de ninguna tesis previa a demostrar, «sin el falogocentrismo del velo greco-judeo-paulino-islámico-freudo-heideggeriano-lacaniano» (V, 80). Otro saber —saber del otro— que no se liga en esencia al ver, a la visión de la idea según el esquema tradicional, sino más bien a un tocar o tentar, como cuando hablamos común-

15 *Cfr. Idem*: la espera de la muerte de la madre, trad. cast. cit., p. 217.

16 *Cfr. DERRIDA, J., Mémoires d'aveugle, op. cit., pp. 38 y ss.*

mente de «acariciar» una idea, saber como disposición de los conceptos. Se inscribe así en las inmediaciones de una amplia y muy atenta cita de Walter Benjamin: «Se trata, para el dialéctico, de tener el viento de la historia universal en las velas (*den Wind der Weltgeschichte in den Segeln zu haben*). Pensar significa para él disponer las velas (*Denken heisst bei ihm: Segel setzen*). La forma en la cual se orientan, he aquí lo que importa. Las palabras son sus velas (*Worte sind seine Segel*, a menos que se traduzca así: sus velas (no) son (más que) las palabras). La forma en la cual se han dispuesto las transforma en conceptos. [...] Ser dialéctico significa tener el viento de la historia en las velas. Las velas son los conceptos (*Die Segel sind die Begriffe*). Pero no basta con disponer de velas (*über die Segel zu verfügen*). Lo que es decisivo es el arte de saberlas orientar (*die Kunst, sie setzen zu können*)» (V, 80-81).

Hasta aquí, no hemos dado sino un largo rodeo que inevitablemente habrá de ser puesto en tela de juicio a seguido.

Porque, retomando todo lo dicho sobre el tocar, el tacto de los ojos de *Savoir* (ojos que tienen más que ver con el llanto que con la visión: recordemos las referencias a Andrew Marvell que llegan hasta el final de —y no sólo de— *Mémoires d'aveugle*), el (con)tacto del viento en las velas, el pensar que acaricia la idea..., *Un ver à soie* toca, y mucho, el tema o la textura de un tejido, de una peculiar urdimbre que podría, a simple vista, pasar por un velo más. Derrida desliza sus manos entre los pliegues de un tallith, de *su* (—propio—, todos los matices: «Le pertenezco y lo habito, antes que reivindicar su propiedad», V, 62) tallith blanco, familiar, recibido en la infancia de manos de su abuelo Moïse. El detalle de la textura de esta prenda ritual judía y la relación que mantiene con la misma su «dueño» se relata minuciosamente. Íntima ligazón de lo textil con lo táctil y, al fin, con el tallith. El tallith «[...] no vela ni oculta nada, no muestra ni anuncia ninguna Cosa, no promete la intuición de nada. Antes del ver o del saber, antes del pre-ver y del pre-saber, se porta en memoria de la Ley» (V, 44). Cumple una función de recuerdo, de memoria. Se da en signo de elección («¿Por qué a mí?», se pregunta Derrida: V, 45; será imprescindible referirse aquí de paso al «¿quién soy yo?» de *Circonfession*, en torno al que Derrida hace girar una y otra vez su compleja reflexión-relación con el nombre propio, «bio-mitográfico» de Elie¹⁷), del mismo modo que es huella también de elección la miopía natal en *Savoir* («... ella había sido la elegida [*l'élue*] de la familia [...] esta miopía que la eligiera...», V, 17). «Ante todo, mi tallith se toca» (V, 62), es táctil mucho antes que visible, no es una túnica sin más —pronto sabremos por qué—, se porta sobre uno «como cosa de ciego» (V, 63), carne sobre carne, piel sobre la piel, el tallith no juega al juego del encubrimiento y la revelación: en lugar de esto, tiene que ver con el *acontecimiento* único, con el don de la ley y la «aproximación» [*rapprochement*] que él en sí recuerda (cfr. V, 67): «Incluso si se traduce este don de la Ley por Revelación, la figura del velo, la intuición y el movimiento de la visión cuentan ahí menos que el tener-lugar del acontecimiento, la efectividad singular del 'una-sola-vez' como historia de lo único: la vez, la huella de la fecha y la fecha misma como huella» (V, 67-68). Aquí es donde el tallith guarda una estrecha cercanía con la circuncisión misma, la marca única, ocurrida una sola vez¹⁸, que, procedente del otro —siempre del otro, el veredicto, la operación¹⁹— y sufrida en la más absoluta pasividad, permanece en el cuerpo, en la carne, tan visible e indisociable como el

17 Cfr. DERRIDA, J., *Circonfesión*, op. cit., en especial pp. 156, 195 y ss.

18 Cfr., *Idem*, p. 83.

19 Charles Chaplin, el «vagabundo», aguardando el veredicto de Virginia Cherrill, la «chica ciega» que acaba de recibir tras una operación el don de la vista, en los instantes justamente previos al último, definitivo, y de consecuencias indecibles, fundido en negro de *City Lights* (1931).

nombre propio, igualmente recibido del otro²⁰. (De nuevo, el tallith, la circuncisión, restan como huellas reservadas por la tradición al hombre: *cfr.* V, 68. Algo semejante sucede con la prolija prescripción paulina sobre el velo que a la hora del rezo debe cubrir las cabezas de las mujeres, y sólo de éstas, como signo de la autoridad masculina sobre ellas, *cfr.* V, 72.) Marcas externas destinadas a evocar un recuerdo [*souvenir*], *memento*, en las tesis expuestas en torno a la distinción entre memoria y recuerdo, *Gedächtnis* y *Erinnerung* de *Mémoires for Paul de Man*²¹.

Es entonces aquí donde reside la diferencia, lo que separa la lógica o la tópica del tallith de la del velo en general: la diferencia del *acontecimiento*, de lo único, de la donación singular —a mí y sólo a mí, su elegido—, a la vez orden y don, acontecimiento único y heterogéneo a toda lengua (la operación de la mano del otro armada de un láser en *Savoir*), operación «real» que sucede imprevisible, sin saberse de antemano —«Lo que el saber no sabe, es lo que acontece» (V, 81)—, y que pone en deuda una operación de escritura (el duelo por la miopía deshecha, la escritura poética de Cixous que forma el texto *Savoir*), indisociables en el tejido, en el entramado de un mismo y único texto, texto por otra parte tan expuesto, vulnerable, expropiable, legible-ilegible como ese «extraño acontecimiento llamado *firma*», con todo lo que implica en relación con la intraducibilidad tanto como con los efectos de iterabilidad anticipada en el marco de una lengua (*cfr.* V, 74 y ss.). Al fin, la experiencia misma de la posibilidad (imposible) de lo (más) imposible, donde se empareja con la llamada «destrucción», con el don, la decisión, el testimonio, la muerte...²², el momento del *envero* [*véraison*: la raíz latina, *variare*, es la misma, cambiar de *color*] o maduración de los frutos, de un guiño de ojos, de una llamada..., que culmina y va más allá del segundo recuerdo de infancia del texto de Derrida, «este *envero* que no habrá tenido lugar más que una vez», pero pedirá todo el tiempo preciso para acontecer (V, 85), o la imprevisible llegada del veredicto.

20 *Cfr.* la entrevista de DERRIDA, J., con EWALD, F., «Une 'folie' doit veiller sur la pensée», en *Magazine Littéraire*, (París), n.º. 286 (*Jacques Derrida. La déconstruction de la philosophie*) (1991), p. 18.

21 *Cfr.* DERRIDA, J., *Memorias para Paul de Man*, trad. de Carlos Gardini, Barcelona, Editorial Gedisa, 2ª. ed., 1998, p. 113.

22 *Cfr.* DERRIDA, J., *Sauf le nom*, París, Éditions Galilée, 1993, pp. 31-32.